

ESTANCIAS GIENNENSES EN LA OBRA DE EUGENIO NOEL

Por *Manuel Urbano Pérez Ortega*
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses

RESUMEN

A la vez que se da noticia de la presencia en Jaén y diversos pueblos de la provincia, en el otoño de 1913 y con ocasión de la campaña antiflamenca, del escritor y periodista madrileño, se recuperan los recuerdos que Noel anotara en su «Diario», los juicios que de Jaén y de los giennenses aparecen en sus obras, así como las críticas que mereciera su estancia y los comentarios que tuvieron sus libros en nuestra prensa.

I

ENTRE los numerosos trabajos pendientes de estudio y desapasionada revisión de aquellos que se adentraron en el análisis de la cultura española y, muy concretamente, de la andaluza, ocupa un lugar de audible clamor la contradictoria e interesantísima obra literaria y periodística de Eugenio Noel —Madrid, 1885; Barcelona, 1931—, en la que, sobre su taurofobia militancia, ante su irrenunciable antiflamenquismo, se muestra patente un gran conocimiento del cante y del toreo y, por encima de todo, una constante indagación en esa armónica diversidad, muchas veces enfrentada, que constituye lo andaluz:

«Un andaluz de Granada no es lo mismo que un andaluz de Jaén. Córdoba y Sevilla se miran y no se ven. De Sevilla a Huelva hay más distancia que de Wladiblostock a Nueva York. Un gaditano en Almería hizo estos tres versos:

“Estoy de sueño perdío;
de tanto querer dormirme
me voy a quedar dormío.”

En Málaga se molestan si oyen hablar de Andalucía. No obstante, y aunque no lo quieren saber, no hay cosa que se parezca más a un andaluz que otro andaluz. ¿Por qué? No se sabe. Sería muy interesante comparar al leñador de la Sierra de Segura con el pescador de bocas de la isla en Cádiz, al perchelero con el niño de Triana, al minero de Tharsis con el de La Carolina, al boyero de Sierra Morena con el contrabandista de Tarifa, al hijo del Albaicín con el cordobés. Sin duda que no se parecen, y sin embargo son los mismos. Lo curioso es que, siendo así, no es así, sino todo lo contrario. Un “angelito” de Morón enfermo de idiosincrasia en Andújar; el natural de Úbeda se fastidia en Niebla; uno de Baza y otro de Antequera se “pasman” si se encuentran. Su orgullo de taifas ha sobrevivido al llanto de Boadil, y se juzgan felices en su independencia. Si uno de Andújar oye hablar mal de Andalucía hay que dejarlo todo, porque el niño se transforma en la fiera corrupta; pero si en su divina presencia se habla bien de Marbella o Estepona, o Ronda, o Pueblo Nuevo del Terrible, hay que amordazarlo, porque Andalucía es él, y “tó” lo demás no es más que lo que él quiere que sea, y en paz» (1).

Pero no está en nuestro ánimo, por ahora, indagar en estas no tan viscerales reflexiones, dentro de las que, curiosa y aleccionadoramente, se citan siete lugares giennenses distintos como elocuentes puntos de referencia.

¿Conocía Noel la provincia de Jaén?

Al menos, que sepa, durante el otoño de 1913 la visitó en tres ocasiones con motivo de su apostólica campaña antifielamenquista, y con una práctica estancia total de un mes, como bien se deduce de lo por él anotado en «Diario Íntimo» (2):

«A las cuatro de la tarde del día 27 (de septiembre) salgo (de Baena) para Linares con 325 pesetas, y al llegar a Espeluy, el cansancio, el amor y las angustias de mi alma, en una proporción que no puedo describir, me obligan a tomar el tren correo y volverme a Madrid. (...) Salgo (de

(1) En *Señoritos, chulos, fenómenos, gitanos y flamencos*, págs. 26-27; Edit. Renacimiento, Madrid, s/f.

(2) *Diario íntimo, la novela de un novelista*; Edit. Taurus; Madrid, 1962, págs. 376-378.

Pedro Abad, Córdoba) para Linares, el 7 de octubre, a las seis de la tarde, con 60 pesetas en el bolsillo, y llego ese mismo día, de noche y lloviendo sin conocer a nadie. Extraña inquietud que, a pesar de mi costumbre, me producen siempre las ciudades que desconozco. En el coche de la fonda van seis viajantes hablando de toros. Por este tiempo hay un torero llamado Belmonte que tiene a España hondamente preocupada. Un pañuelo que llevo, y su olor a colonia, remueven y me retraen a los días del idilio en el sótano.

En el hotel Cervantes, de Linares, me asaltan las tristezas que produce en mi alma la pasión de la torería, cada vez más en auge. La prensa de Madrid me hace el vacío más grande, impidiendo mi colaboración y llenándome de amargura. Por eso me es imposible el que se dé a conocer lo mucho que trabajo. ¡Cuántas veces el deseo de soñar y el recuerdo de una juventud lírica vienen a mi alma, embriagándome e inutilizándome para la lucha! “Usted es Noel, me dicen, bendita sea su madre”, etc. etc.

Doy una conferencia en el Centro Educativo Federal, con resonante éxito. Me doy un paseo hasta la estación de Baeza, comiendo sardinas con un grupo numeroso de jóvenes obreros. Doy una conferencia en el Centro de Sociedades obreras, y otra de pago, sobre los toros, a las cuatro de la tarde, en el salón Regio, cedido para ese efecto, con 63 pesetas de beneficio, y otra el mismo día en el Círculo Mercantil. Salgo de Linares para Bailén el 13 por la mañana, con 175 pesetas, y conozco allí a Martín Merino, un tipo de jefe republicano fracasado. En Bailén soy víctima de un pobre vividor político, y doy una conferencia a los obreros en un granero, conociendo al Sigfrido flamenco, Cristóbal, el de los coches, y a algunos curiosos tipos gitanos.

Vuelvo a Linares y de aquí marchó a La Carolina, con 160 pesetas. Doy una conferencia en el Centro instructivo, y conozco a un hojalatero que es concejal. Voy a las casas de los jefecillos, pidiendo conferencias, encontrando y cosechando no pocas dificultades y amarguras en esta labor. Doy varias conferencias, una en la Tertulia Olavide, otra en la Cámara de Comercio y una de pago en el teatro Principal, obteniendo, después de pagar los gastos, 87 pesetas. Encuentro a un hombre que me informa sobre la prisión de Riego y su historia. Salgo después para Martos (Jaén), donde me detengo a descansar a la sombra de la famosa Peña de los Carvajales. Lluve sin cesar y me aburro, acabando por volverme a Madrid, otra vez. (...) Vuelvo a salir para Jaén el día 10 de noviembre, con tres duros en el bolsillo. Llego a esa capital el 11, y preparo fatigosamente las conferencias. El jefe republicano de esa capital es don Eduardo del Pozo, y conozco no sólo a él, sino también a su familia: su mujer y su hija. Doy mi primera conferencia en el Centro Republicano, con éxito, ante un gen-

tío que ocupa no sólo el local sino la calle. La segunda en el Casino Primitivo, con mucha gente y éxito enorme. Gozo el encanto de esos viejos salones, mesas con tapetes adamascados y candelabros con velas encendidas. El pianista Piedra, cuya cara me recuerda la de San Juan, me obsequia con una audición en su vieja morada. Conozco a un señor que se llama Justo Tito Benito Rigoberto Jara Raya Sánchez de Molina Vargas de Martín Meléndez de Urrutia Pérez de la Puente Navas del Pugar y González de Baldosera, barón de la Lombarda... Doy largos paseos por las bellas montañas de Jaén.

La tercera conferencia se celebra en el Casino de la Gran Peña, y la cuarta en el Casino Mercantil, y la quinta en el Casino de Artesanos, donde no queriendo la Junta que diera la conferencia, me lleva un pliego con setecientas firmas de socios. La afluencia colosal de gente que acude siempre a oírme sorprende a la población, y se comenta en la redacción del periódico *Jaén reformista*. La sexta conferencia es en el Teatro Cervantes, dada contra la oposición de los mismos empresarios, con grandes gastos, un lleno completo y un beneficio líquido de 250 pesetas.

Se descubren maneras curiosas de obligar a jóvenes sin energías para que trabajen por mi causa. Queda en mi memoria la imagen del borrego de Cayetano y el dulce sabor de las yemas de Santa Úrsula, cuando el 23 de noviembre, por la noche, tomo el tren, con 650 pesetas en el bolsillo, para volverme a Madrid».

Fructífera, tanto económica como doctrinariamente, la resultó a Noel la estancia giennense, algo nada frecuente en su periplo andaluz, caso de Granada, donde anota, entre otros extremos (3), que en esa «ciudad muerta» conoció «al poeta Cienfuegos, el de los tres libros manuscritos». Curioso encuentro de dos polos radicalmente opuestos, ya que, frente al mesiánico antíflamenquista, el poeta marteño hizo bandera del cante flamenco para gran parte de su vida y obra. Por cierto, no acabo de entender por qué Noel registra a Alberto Álvarez de Cienfuegos como el autor de tres libros manuscritos —¿inéditos?—, cuando por esas fechas llevaba casi una década colaborando poéticamente en la prensa y ya había aparecido su primer poemario, «Andantes», prologado por Francisco Villaespesa (4).

Grato recuerdo, al parecer, mantuvo el melencólico charlista de la ciudad de Jaén y, muy en especial, del templo vandelviriano, si nos atenemos a la siguiente breve, pero rotunda, nota (5):

(3) En *Diario íntimo*, pág. 378.

(4) En la Imprenta Comercial de Enrique Rodríguez, Granada, 1910.

(5) Página 91 del citado *Señoritos chulos...*

«Jaén es la sacristía de una enorme catedral, y suceden allí a todas horas las bellas cosas que suceden en todas las sacristías del mundo».

Y digo que debió ser presumiblemente más o menos grata la visión de Jaén que registrase la memoria de Noel, pues en este otro texto de su «Semana Santa en Sevilla» (6), o estamos ante una de las más grandes contradicciones del autor o, por el contrario y aunque sea en forma de chiste, nos encontramos ante uno de las más duras críticas realizadas a la provincia:

«Los andaluces, que tienen la exclusiva para juzgarse a sí propios sin el menor miramiento, mientras a duras penas soportan la crítica de los extraños, suelen dar ideas claras de lo que es su amor a las cosas de este mundo.

—¿A que no zabe uté, señó, por qué está en Jaén la cara e Dió y no en otro lao? No chamulla er niño, ¿verdá...? Pue é er caso que sierto dia estaba Nuetro Zeñó en las nubes mirando aqueya parte de Andalucía, y de vergüensa que le dió haberla criaio se le cayó la cara ar zuelo.

Ya hemos indicado en otra parte que no dejan de ser listos en sus juicios negativos».

No puede ser más concreto y rotundo el analista de la idiosincrasia meridional.

A pesar de su larga y dilatada producción, tanto en prensa como en libro, no volvería Noel a ocuparse de Jaén hasta años después en el citado «Señoritos chulos, gitanos y flamencos» (7), novela en la que, por cierto, el personaje principal está encarnado por un tipo andujareño chulesco y despreciable. En esta ocasión, de nuevo, es una situación tan cómica como desgarrada la que tiene por escenario a nuestra ciudad:

«En el Hospital de la Caridad, de Jaén, un gitano enfermo de bastante gravedad, vuelto en sí de hondo letargo, se fijó por casualidad en la blanca tarjeta que a los pies de la cama colocan los médicos indicando la clase de medicinas, comida, diagnóstico y demás. Pero no bien sus ojos vieron aquel cuadrado papel sujeto a los hierros, exclamó, dirigiéndose a la Hermana, que leía la recomendación de su alma en aquel preciso momento.

—¡Que poquiya consideración tien en esta zanta caza a lo moribundo que ze van a morí!...

(6) Página 210; Edit. Renacimiento, Madrid, 1916.

(7) Página 319.

La Hermana de la Caridad, extrañada, le preguntó qué quería decir, y él añadió, suspirante:

—Entavía no ze ha acabao de morí uno y ya le ponen ustedes el alquila».

No creo que la obra noeliana albergue en más ocasiones referencias jaeneras (8).

II

Si bien considero honestamente haber agotado la presencia de referencias giennenses en los trabajos de Eugenio Noel, desgraciadamente no puedo asegurar lo mismo, sobre los comentarios que merecieron sus conferencias en la prensa giennense. A pesar de ello, por los datos que aporta el autor, como es el del muy presumible interés que despertó en la redacción del republicano «Jaén Reformista», nos es dado asegurar sin mayores riesgos que la estima y el reconocimiento intelectual fueron unánimes —aunque registrasen los enfrentamientos dialécticos que provocaba— ¿juicio al que me induce la crítica que Alfredo Cazabán, en las antípodas del pensamiento de Noel, diesen en las páginas del número de noviembre de «Don Lope de Sosa» (9):

«Eugenio Noel, el joven intelectual, de gran cultura y hermosa palabra, ha dado varias conferencias en Jaén, de ellas conceptuamos las más notables, bajo su especial aspecto, desde luego, cada una, la del Círculo La Peña, acerca de “Los monumentos del Arte Antiguo”, y la del Teatro Cervantes contra la afición a las corridas de toros. La labor de Noel ha sido causa de muchos elogios y de muchas discusiones».

III

Aunque la prensa giennense de todas las épocas no ha sido muy proclive al ejercicio de la crítica literaria de textos de autores ajenos al ámbito provincial jaenés, le es dado gloriarse de algunas excepciones más que notables, como pudiera serlo la sección «Vida Literaria» del periódico «Pa-

(8) Salvo las escasas citas de artistas flamencos giennenses, caso del magnífico bailar, no obstante su defecto físico, conocido como el Jorobao de Linares: «Eze niño era un *Jorobao* de Linares, un Antúñez», pág. 292 de *Señoritos chulos*...

(9) Página 351.

tria», el último de los dirigidos por Cazabán Laguna (10), firmada por Eugenio Guzmán, quien en la edición de 24 de septiembre de 1927, en su colaboración titulada «Poesía y Prosas Nuevas», en la que, a la vez que señala la más que casual semejanza de algunos versos del soneto «La Nueva Cartago» (11), de Francisco Villaespesa, con otros de «La Paz de París», de F. de Paula Ureña, reseña con agudeza dos títulos del combativo Noel, ambos pura carne del autor, espejos de España y, no muy en su fondo, contra lo que parecer pudiese a primera vista, verdaderos cantos al nervio moreno de la raza, algo que ya había sido advertido por Azorín algunos años antes (12). Queden los comentarios de nuestro crítico:

«*El Picador Veneno y otras novelas*». Tres libros dignos del comentario crítico ha publicado recientemente la editorial Maucc, de Barcelona. El primero de ellos, de Eugenio Noel, el impenitente andariego (romántico y melencólico, doctísimo *gourmet* de las más altas y complicadas emociones artísticas) es una serie de novelitas cortas, un desfile de tipos castizos, de bocetos apuntados a través de los áureos destellos del *champagne* y de la manzanilla, paladeados con delectación benedictina entre el fragor de estampidos de botellas descorchadas y de cadenciosos palmoteos flamencos.

Los toreros y los *cantaos*, el tema favorito de Noel, desfilan profesional y solemnemente por «El picador Veneno y otras novelas», retratados tan minuciosamente, con tanto regodeo y complacencia, que es harto difícil columbrar la sátira, la sutil y sintética pincelada irónica, entre los hermosos trazos pictóricos con que el artista hace favor a sus tipos.

En fin de cuentas, no hallaréis en estos personajes otros defectos que su fatuidad y su ignorancia, pero tienen otras virtudes superiores a la mediocridad de los seres europeizados, embutidos en ese uniforme e incoloreo traje de la cultura, de la ridícula cultura del siglo. ¿Y por qué no hemos de reírnos de la intransigencia y de la incomprensión de los homo-máquinas, descastados por fuerza y empequeñecidos en el gris ambiente de estos días? ¿Quiere usted brindar con nosotros, amigo Noel, por nuestra gente castiza? Después de todo, ¡viva la manzanilla y el toreo y el cante jondo!».

(10) Remitimos al lector a nuestro artículo «Apuntes para el estudio de Alfredo Cazabán como director de "Patria" y una nota como poeta costumbrista-festivo», en *B.I.E.G.*, número CXLVI, Jaén, julio-diciembre de 1992.

(11) Publicado en *La Gruta Azul*.

(12) En *Los valores literarios*; Madrid, 1913: «Nadie duda que Eugenio Noel es un adversario acérrimo de los toros y el flamenquismo... Mas la lectura de sus trabajos a las veces produce el efecto de una exaltación de lo que se trata de reprimir y condenar (...). Nadie como él nos informa también de las cosas y lances del flamenquismo (...). En verdad, en verdad que son algo peligrosos estos libros contra los toros y el flamenquismo».

No eran tan frecuentes entre nosotros estos desplantes de casticismo; ni siquiera Alcalá, ni los regionalistas más confesos de «Norte Andaluz». Mas reflexiones sobre temas colaterales al margen, consignemos la segunda papeleta de lectura de Guzmán Merino, el prestigioso periodista de Huelma, quien ahondará en el costado testimonial de las prosas del madrileño:

«*Aguafuertes Ibéricas*». En estas aguafuertes se despeña el torrente del vocabulario de Noel, hasta un punto increíble. Noel no se atiene a diccionarios ni a léxicos de ningún género. El ímpetu bárbaro de su prosa saca palabras de su propia fuerza; palabras recias, bronceas, retorcidas como garras y astas de fieras; palabras extrañas y sonoras como golpes de titán, buidas como relucientes y quemantes cinceles labrando colosales lienzos de mármol y alabastro virginal. Todo el fuego del pensamiento ibero de Noel, toda su corpulencia espiritual se reflejan en “*Aguafuertes ibéricas*”. Más que obra de arte es la obra del artista, es su vigorosa y definitiva personificación.

Y en este sentido es apreciable la labor de Noel en “*Aguafuertes ibéricas*”, pues no es suave ni insignificante el aguafuerte de su propia personalidad, tan original, tan rotunda, tan indómita, tan ibérica, como se ve en este libro.

Pero no sólo hay músculos distendidos en este autorretrato. Hay también dulzuras de emociones, latidos cordiales, interrogaciones mentales, inquietud, en suma, este espíritu siempre inquieto, candoroso, a la vez refinado hasta lo ultrasensible. Y nada más, porque el libro es él, y todo lo que no es él no merece otro comentario, menos otro alquitaramiento crítico».

Desde luego, quien sí es dignísimo acreedor de mayores y mejores comentarios es el de Huelma, los que, confío, pronto ofrecerá Manuel Caballero Venzalá en el IV volumen de su impagable «Diccionario Biobibliográfico del Santo Reino».